

ejército que no existía, y recursos al través de la general miseria. Su golpe de vista le hizo escoger una posición que los enemigos respetaron y que salvó el reino: su firmeza y su valor reanimaron el de las tropas, abatido por las desgracias y por la falta de todo. En fin, aunque obligado á ceder á la superioridad de los enemigos, supo contener los progresos de sus triunfos y la ejecución de sus vastos proyectos, cerrándoles la entrada del reino, y reduciéndolos á la conquista de dos plazas que no pertenecían á la Francia.»

Si digna de elogio había sido la conducta del mariscal de Villars en la campaña de Flandes, no fué menos digna de admiración la del duque de Berwick en el Delfinado y fronteras de Italia. Trabajos sin cuento tuvo que sufrir, y dificultades sin número que vencer para guardar aquellas fronteras con un ejército desprovisto de todo, sin dinero, sin mantenimientos, sin recursos de ninguna especie, faltándole al soldado la paga, el pan, el preciso é indispensable sustento, acabándose hasta la avena de que se alimentaba en el lugar y á falta de trigo, sublevándose las provincias de donde se intentaba sacar algunos mantenimientos, indisciplinándose y desertándose las tropas, imposibilitado el gobierno francés de proporcionar subsistencias, y ofreciendo todo un cuadro desconsolador y espantoso. Y esto delante de un enemigo superior en fuerzas, con recursos y provisiones en abundancia, y á quien el último acomodamiento con el pontífice dejaba en completo desahogo para dominar el país y obrar con entera libertad; que tal era la ventajosa situación del duque de Saboya y de los generales del imperio. Y sin embargo condújose el de Berwick con tanta constancia, habilidad y pericia, y los enemigos con tal inacción ó torpeza, que las fronteras de Francia se preservaron, contuviéronse los imperiales del otro lado del Ródano, y al aproximarse el invierno se retiraron á cuarteles en Milan, Mantua, Parma y Plasencia, mientras las tropas francesas quedaban cubriendo la Saboya, el Delfinado, la Provenza y el Franco-Condado (1).

Con iguales, y si es posible, con mayores escaseces, dificultades y apuros tuvo que luchar en la Alsacia y en el Rhin el general francés del ejército de Alemania duque de Harcourt. Sin paga ni alimento oficiales y soldados, muchas veces estuvo todo el ejército á punto de desbandarse. Aflige leer la triste pintura que el de Harcourt hacía á cada paso á la corte de Francia, del estado lastimoso de sus desnudas y hambrientas tropas, el ahinco y la urgencia con que pedía y reclamaba algunos recursos, y las respuestas desconsoladas de la corte manifestando la imposibilidad de proveerle de remedio, porque todas las provincias de Francia se hallaban en el mismo estado de miseria, de penuria y de ahogo. Y no obstante esta situación angustiosa, y al parecer insostenible, y con haber tenido que desmembrar una parte de aquel ejército para socorrer al de Flandes, como dijimos en su lugar, todavía el mariscal francés sostuvo ante un enemigo poderoso y superior las famosas líneas de Lauter; todavía supo triunfar de él en Rumsheim; todavía supo contener á los imperiales, aun con el refuerzo del duque de Hannover, y la campaña de Alemania fué aun mas desfavorable que la de Italia á los confederados (2). Raya ciertamente en lo prodigioso la manera como los generales franceses de los tres ejércitos, de Flandes, Italia y Alemania, salvaron en 1709 el reino por todas partes amenazado, y en una de las situaciones mas miserables, mas calamitosas y desesperadas en que puede encontrarse nación alguna.

Réstanos ver lo que por España ocurrió en la campaña de 1709. La frontera de Portugal había quedado protegida y á cubierto de una invasión, con el triunfo que los españoles, mandados por el marqués de Bay, habían logrado sobre portugueses é ingleses en la batalla que se llamó de la *Gudina*, en las cercanías de Campo-Mayor á las márgenes del Caya. El teatro principal de la guerra estaba en Cataluña. El ejército franco-español era allí superior al de los aliados, pero ya hemos dicho la pugna en que estaban las tropas españolas y

(1) Memorias militares, tom. IX, páginas 117 á 210.

(2) Memorias militares, tom. IX. Campaña de Alemania, páginas 211 á 286.

francesas, hasta el punto de temerse entre ellas sérios choques, y el nombramiento del marqués de Aguilar para general en jefe del ejército no había podido agradar tampoco al mariscal Bezons, y había producido frecuentes disputas entre ellos. Conociendo esta disposición de los ánimos el general enemigo conde de Staremberg, pasó el Segre y atacó á Balaguer. Querían los españoles empeñar una acción, pero Bezons, que por un lado tenía órdenes de estar á la defensiva, y que por otro recelaba no se volvieran las armas españolas mas bien contra los franceses que contra los aliados, retiróse y los abandonó en el momento del combate, teniendo los nuestros el dolor de haber de presenciar la rendición de la plaza y de ver quedar tres batallones prisioneros de guerra (3).

Este revés y las disidencias entre Bezons y el conde de Aguilar, que podían ocasionar muchos otros, desazonaron hondamente á Felipe, que nunca perezoso para ir á campaña, resolvió salir á la ligera para ponerse otra vez al frente de su ejército de Cataluña, con la esperanza de que pondría término á aquellas funestas discordias, y apresuróse á partir de la corte (2 de setiembre, 1709), no sin enviar delante una carta al general Bezons, en que le manifestaba su sorpresa y su disgusto por el comportamiento que recientemente había observado, y le prevenía que tuviera dispuestos para cuando llegara cuarenta batallones y sesenta escuadrones, pues iba resuelto á hacer algo digno de su persona, y á sostener el honor de la Francia y de la España.

Llegó á poco de esto Felipe, conferenció con Bezons y con el conde de Aguilar; pasó revista á todo el ejército, y desde luego dispuso que las tropas francesas se volvieran á Francia con todos sus generales, incluso el mariscal Bezons, á quien por consideración al rey Cristianísimo su abuelo dió el Toison de oro, honra que sintieron mucho los españoles, porque, como dice un escritor de nuestra nación, «merecía que se le quitase la cabeza, pues su idea fué perder á los españoles, y ver si podía ganar á Staremberg para que el duque de Orleans quedase con la corona, aunque fuese solo con la de Aragón, de modo que el rey se volviese á Francia, y el archiduque y el de Orleans divudiesen de la monarquía lo que no se había dado ó cedido á holandeses, Portugal y Saboya.» Agasajó tambien mucho á los demás generales, y solo sintió desprenderse del caballero Dasfeldt, de cuya fidelidad y servicios estaba altamente satisfecho.

Desembarazado el rey de las tropas francesas, trató de atacar á los enemigos en sus líneas, mas los halló tan fortificados y en tan ventajosas posiciones que perdió la esperanza de poderlos desalojar de ellas, contentándose con destacar partidas para cortarles los viveres, privarles de recursos y sacar contribuciones al país. Hecho lo cual, que fué de gran provecho, volvióse á la corte (octubre, 1709), dejando el mando de todo el ejército al conde de Aguilar, hasta que este, viendo que los enemigos acuartelaban sus tropas, y llamado á la corte por los motivos que mas adelante diremos, regresó tambien á ella, dando entonces el rey el mando del ejército de Cataluña al príncipe de Tilly, que era virey de Navarra.

No había perdido entre tanto el tiempo el duque de Noailles, que mandaba el ejército francés del Rosellon. Si en las campañas anteriores había hecho el buen servicio de distraer y divertir por el Ampurdan y la Cerdaña las fuerzas de los aliados, pero sin recobrar plazas ni hacer conquistas, en la de este año (1709), además de haber tomado á los enemigos la no poco importante plaza de Figueras, sorprendió en una ocasión á las puertas de Gerona una respetable columna de los aliados, haciéndola casi toda prisionera, con su general, y con la artillería y bagajes. Y si bien es verdad que cuando el de Noailles se volvió al Rosellon á tomar cuarteles de invierno, no era una superioridad decisiva la que los franceses habían alcanzado sobre el enemigo en el Principado de Cataluña, tambien lo es que en esta campaña universal que se empeñó y sostuvo este año entre las potencias beligerantes, á pesar de la desastrosa situación en que Francia y España se encontraban, los ejércitos de las naciones confederadas, mas

(3) San Felipe, Comentarios.—Belando, Historia civil, tomo I, c. 69.—Feliu de la Peña, Anales ad ann.—Macanaz, Memorias cap. 151.

numerosos y mucho mas provistos de recursos, apenas alcanzaron otros triunfos que los de Flandes, y aun allí no correspondieron á tantos elementos como en su favor tenían; fueron contentidos y aun derrotados en Alemania, obligados á retirarse del Delfinado, y batidos en España.

Lo que había variado poco era la situación de la corte y la índole del gobierno de Madrid, no obstante el nombramiento del ministerio llamado español; porque ni el rey había dejado de escuchar el parecer y los consejos del embajador francés Amelot, ni depositado verdaderamente su confianza en el duque de Medinaceli; y tanto este como Ronquillo y Bedmar se quejaban amargamente de que pesando sobre ellos la responsabilidad oficial de los actos, no eran en realidad los que gobernaban, ni el rey había cumplido sino en apariencia su palabra de encomendar el gobierno á los españoles; y Grimaldo, que parecía ser el único de entre ellos que gozaba de la confianza del rey, era un hombre de carácter demasiado flexible y acomodaticio, y no á propósito para contrariar otras influencias. Para desvanecer estas murmuraciones por lo respectivo á su persona la princesa de los Ursinos, siempre diestra y hábil, volvió á significar su deseo de apartarse de los negocios, pero su verdadera ó fingida resolución fué otra vez detenida ó contrariada por los ruegos de la reina, que para dar satisfacción al partido español hizo abreviar la salida del embajador francés, el cual milagrosamente y con graves riesgos logró escapar del furor popular. Todo esto había acontecido al tiempo de partir el rey para la campaña de Cataluña; mas léjos de encontrar, cuando regresó á la corte, las ventajas de aquellas medidas, halló la administración en peor estado y en mas desórden que antes. Sin conocimientos de la ciencia económica los ministros españoles, indolentes además y perezosos, la administración pública había ido cayendo en una especie de letargo, y la nación había vuelto á su anterior penuria, y á su antigua debilidad. Privado el rey de consejeros hábiles, y sin resolución ó sin medios para remediar los males, dejábase unas veces dominar de la melancolía, y otras para disiparla se entregaba á las distracciones de la corte, ó al entretenimiento de la caza; y el Estado había caído en todos los inconvenientes de una completa inacción política, sin la intervención de la reina y de la princesa de los Ursinos.

CAPITULO VIII

El archiduque en Madrid.—Batalla de Villaviciosa.
—Salida del archiduque de España

DE 1710 Á 1712

Decisión y esfuerzos de los castellanos.—Resuelve el rey salir nuevamente á campaña.—Retirada del conde de Aguilar.—Prisión del duque de Medinaceli.—Derrotas de nuestro ejército.—Funesto mando del marqués de Villadarias.—Reemplázale el marqués de Bay.—Terrible derrota del ejército castellano en Zaragoza.—Vuelve el rey á Madrid.—Trasládase á Valladolid con toda la corte.—Entrada del archiduque de Austria en Madrid.—Desdeñoso recibimiento que encuentra.—Su dominación y gobierno.—Saques, profanaciones y sacrilegios que cometen sus tropas.—Indignación de los madrileños.—Cómo asesinaban los soldados ingleses y alemanes.—Hazañas de los guerrilleros Vallejo y Bracamonte.—Carta de los grandes de España á Luis XIV.—El duque de Vendome generalísimo de las tropas españolas.—Rasgo patriótico del conde de Aguilar.—Traslacion de la reina y los consejos á Vitoria.—Viaje del rey á Extremadura.—Admirable formación de un nuevo ejército castellano.—Impide al de los aliados incorporarse con el portugués.—Abandona el archiduque desesperadamente á Madrid.—Retirada de su ejército.—Entrada de Felipe V en Madrid.—Entusiasmo popular.—Va en pos del fugitivo ejército enemigo.—Gloriosa acción de Brihuega.—Cae prisionero el general inglés Stanhope.—Memorable triunfo de las armas de Castilla en Villaviciosa.—Retiranse los confederados á Cataluña.—Triunfos y progresos del marqués de Valdecañas.—Felipe V en Zaragoza.—La fiesta de los Desagravios.—Pierden los aliados la plaza de Gerona.—Apurada situación del general Staremberg.—Muerte del emperador de Alemania.—Es llamado el archiduque Carlos.—Parte de Barcelona.—Paralización de la guerra.—Gobierno que establece Felipe V para el reino de Aragón.—Intrigas en la corte.—Gravísima enfermedad de la reina.—Es llevada á Corella.—Se restablece, y viene la corte á Aranjuez y Madrid.—Situación respectiva de las potencias confederadas relativamente á la cuestión española.—Inteligencias de la reina Ana de Inglaterra con Luis XIV para la paz.—Condiciones preliminares.—Dificultades por parte de España.—Véncelas la princesa de los Ursinos.—Acuérdanse las conferencias de Utrecht.—El archiduque Carlos de Austria es proclamado y coronado emperador de Alemania.

Ni el abandono de la Francia, ni la prolongacion y los aza-

660 III

res de la guerra, ni los sacrificios pecuniarios y personales de tantos años, nada bastaba á entibiar el amor de los castellanos á su rey Felipe V. Por el contrario, hicieron con gusto nuevos y muy grandes esfuerzos para la campaña siguiente; las dos Castillas dieron gente para formar veintidos nuevos batallones; las Andalucías y la Mancha suministraron cuantos caballos se necesitaban para la remonta; las tres provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya sirvieron con tres regimientos de infantería, cuyo mando se dió á jefes naturales de cada una de ellas; y muchos se ofrecieron á levantar y vestir cuerpos á su costa. Con que además de los veintidos nuevos batallones que se formaron, y se aplicaron como segundos á los batallones viejos, se crearon otros regimientos, entre ellos el de artillería real de dos mil plazas. Animaba á todos la mayor decisión y el mejor espíritu, y no los arredraba haber quedado solos los españoles para mantener la guerra contra ingleses, holandeses, portugueses é imperiales, á quienes daban gran fuerza los rebeldes catalanes, aragoneses y valencianos.

Felizmente la cosecha del año anterior había sido abundante, y se atajó y remedió á tiempo la escasez que iba produciendo la extracción de granos á Francia. Oportunamente arribó tambien á Cádiz la flota de Nueva España, con la rara fortuna de haberse podido salvar de las muchas escuadras enemigas que cruzaban los mares (febrero, 1710), y el dinero que trajo no pudo venir mas á tiempo para emprender las operaciones de la guerra. Con esto el rey declaró su resolución (10 de marzo) de salir otra vez á campaña y mandar sus ejércitos en persona.

Influyó en esta resolución de Felipe la circunstancia siguiente. El conde de Aguilar, que había mandado el ejército de Cataluña, había sido llamado á la corte, como en el anterior capítulo indicamos. Fué el motivo de este llamamiento el poco afecto del conde á la reina y á la princesa de los Ursinos. Era el de Aguilar entendido y hábil cual ningún otro en la formación y organización de los ejércitos, y así, aunque joven, había tenido el manejo de todo el ministerio de la Guerra. Pero era al propio tiempo ambicioso y altivo. Así cuando la reina le quiso atraer con agasajo y le rogó con cariño que volviera al mando del ejército, exigió primeramente que se le diera la presidencia de las Ordenes que tenía el duque de Veragua, muy querido de la reina, y de quien él era enemigo. Como esto no pudiese lograrlo, pidió que se aumentaran sus rentas y estados con los de la corona, no obstante que poseía ya una renta de 24,000 ducados. Hízole la reina reflexiones sobre las estrecheces y atrasos en que la corona se hallaba, mas como nada bastase á satisfacer al de Aguilar, la reina, sintiendo ya haberse excedido en sus ruegos, le volvió la espalda con enojo, y él determinó retirarse á sus estados de la Rioja. Esta fué una de las causas que mas contribuyeron á que el rey se decidiese esta vez á dirigir personalmente la campaña.

Otro incidente ocurrió á este tiempo, y que hizo gran ruido, y que sin duda debió ser muy disgustoso á los reyes, á saber, la prisión del duque de Medinaceli. Este ministro, que tenía todo el manejo del gobierno desde que se formó el consejo de gabinete llamado español, descubrióse estar en correspondencia con los enemigos. El rey le llamó, mostróle algunas de sus cartas, quedóse él turbado, y al salir de la real cámara fué entregado por el secretario del despacho universal Grimaldo al sargento mayor de guardias, que con escolta le condujo al alcázar de Segovia. A consecuencia de cierto clamoreo que se levantó sobre haberse hecho la prisión de tan alto personaje sin previa formación de causa, mandó S. M. que se instruyese proceso, y el duque fué trasladado al castillo de Pamplona, donde mas adelante murió. No ignoraba el rey que había otros que como el de Medinaceli mantenían correspondencia con los aliados desde que se vió que los franceses habían salido de España, pero lo disimulaba mas ó menos segun que en ello había ó no peligro, si bien observaba cuanto hacían. Al duque había procurado ganarle con la confianza, dándole hasta para tratar un ajuste particular de paz con ingleses y holandeses, ó con algunos de ellos, y el negocio se comenzó con algun acierto; mas parece que en sus cartas

privadas daba á entender que sería rey de España el archiduque (1).

No era el mayor mal el que para la próxima campaña se viera el rey privado del talento y de los conocimientos del conde de Aguilar, sino que cometiera el incomprensible error de encomendar la dirección principal del ejército al marqués de Villadarias, tan desconocido desde el funesto sitio de Gibraltar. Así fueron los resultados, que todo el mundo preveía ó recelaba, á excepcion del monarca, que en este punto se mostró obcecado de un modo extraño. Anticipó su marcha al ejército el de Villadarias y con aviso suyo de estar todo preparado y dispuesto partió el rey de Madrid (3 de mayo), dejando como de costumbre el gobierno á cargo de la reina. Llegado que hubo á Lérida, celebró consejo de guerra, por cuyo acuerdo pasó todo el ejército el Segre (15 de mayo), y acampó en las llanuras de Termens frente á Balaguer. Tenían los enemigos esta plaza bien fortificada y guarnecida. Ardua empresa era acometerle en sus atrincheramientos, y convencido de ello Felipe determinó repasar el Segre, y acampar entre Alguayre y Almenara. Pasáronse así muchos días, hasta que instado por el marqués de Villadarias, se decidió á ir á buscar al enemigo para darle la batalla. En vano el general Berboon enviado á reconocer sus posiciones expuso que eran impenetrables, y que no podían ser atacadas sin riesgo de perderlo todo. Aunque era el mejor y mas acreditado ingeniero de España, Villadarias combatió atrevidamente su informe y se opuso á su dictámen; hubo entre ellos serios altercados; casi todos los generales se adhieron al sentir de Berboon, pero picó el de Villadarias su pundonor militar significando que el pensar así era cobardía, y entonces todos pidieron que se presentara la batalla.

Así se hizo (13 de junio, 1710); nuestro ejército se puso á tiro de fusil de los aliados; mantuviéronse estos inmóviles en sus líneas, haciendo considerable daño en nuestras tropas, mientras ni la infantería podía ofenderles á ellos, ni la caballería maniobrar: vióse á costa de mucha pérdida el desengaño de que era verdad lo que habia informado Berboon, y el rey mandó retirar el ejército contra el parecer de Villadarias, que aun insistía con temeraria tenacidad en permanecer allí. Dió esto ocasion para que los oficiales generales dijieran al rey que con un jefe como Villadarias, á quien por otra parte no negaban ardimiento y arrojo, era imposible obrar con acierto, y que viera de ir con cuidado no se perdiera todo el ejército por él. La advertencia no era ni superflua ni infundada. El rey colocó su campo entre Ibars y Barbens, donde permaneció hasta el 26 de julio, enviando gruesos destacamentos, ya á lo interior de Cataluña á recoger trigo, de que trajeron algunos miles de fanegas así como cuantos ganados podían coger, ya para cortar convoyes á los enemigos ó para socorrer algunas fortalezas que aquellos tenían bloqueadas: hasta que con noticia de haber llegado refuerzos á los aliados, y considerando que contaban con generales como el alemán Staremberg, como el holandés Belcastel, y como el inglés Stanhope, con ninguno de los cuales podia cotejarse el marqués de Villadarias, levantó su campo y se retiró á Lérida. Dió lugar el de Villadarias á que los enemigos tomaran al día siguiente el paso del Noguera, derrotando un grueso destacamento de caballería que acudió tarde á impedirlo. El rey, con esta noticia salió á toda brida de Lérida, dando orden á la infantería para que le siguiese con la mayor diligencia. El combate se empeñó en las alturas de Almenara; con la presencia del rey se rehicieron algo los nuestros, pero una parte del ejército no pudo ya repararse: la noche llegó, los aliados se hicieron dueños del campo, y los nuestros huyeron en tal desorden, que á haberlos seguido el enemigo hubiera acabado de derrotarlos.

El rey, en vista de este nuevo desengaño, ya no vaciló en llamar al marqués de Bay, que mandaba en las fronteras de Portugal, y acababa de apoderarse de la plaza de Miranda,

(1) Macanaz, Memorias inéd. cap. 159.—Traducción de un papel que en fin de mayo de 1711 se publicó en la Haya, en que se declaran los motivos de la prision del duque de Medinaceli.—Arch. de la Real Academia de la Historia, Est. 25, gr. 3, c. 25.

retirándose el de Villadarias á su casa, de donde, como dice un escritor de aquel tiempo, habria sido mejor que no hubiera salido nunca. A consecuencia de la derrota de Almenara retrocedió el ejército castellano á Aragon, dejando guarnecida la plaza de Lérida. Siguióle el de los aliados hasta Zaragoza: el del rey, guiado ya por el marqués de Bay, que acababa de incorporarse, se formó en batalla, apoyando la izquierda en el Ebro y la derecha en Monte Torrero; el del archiduque, mandado por Staremberg, se aprestó tambien al combate; y en la mañana del 20 de agosto (1710) comenzaron á hacer fuego las baterías de una y otra parte, con la desgracia de que una bala de cañon quitara la vida al teniente general duque de Havre, coronel del regimiento de guardias walonas. El ala derecha de nuestra caballería arrolló á los enemigos, y los siguió hasta el Ebro, faltándole poco para hacer prisionero al archiduque, que se hallaba en una casa cerca de la Cartuja. Mas como casi al mismo tiempo rompiesen los aliados el centro y la derecha, á las doce del día cantaron ya victoria, y la cantaron con razon, porque habian hecho gran destrozo en las filas del ejército real, y la batalla de Zaragoza fué una de las mas funestas y desgraciadas de aquella porfiada guerra (2).

Pocos golpes en verdad tan terribles como este habia llevado la causa de los Borbones en España, y hubiera sido mayor si los enemigos hubieran sabido aprovecharle como supieron darle. El rey don Felipe se retiró apresuradamente á Madrid, donde entró el día 24 (agosto de 1710). El marqués de Bay fué recogiendo poco á poco las reliquias de su destruido ejército, y conforme el rey le dejó ordenado se encaminó con él á Valladolid por la Rioja. El archiduque Carlos, que entró en Zaragoza el día siguiente del triunfo, en lugar de perseguir el deshecho y desordenado ejército castellano, se entretuvo en nombrar justicia mayor de Aragon, gobernador interino del reino, y diputados de los cuatro brazos, y luego en instalar consejos y audiencia, y en derogar todo lo que de orden del duque de Anjou, como ellos decian, se habia hecho, en tanto que sus oficiales reconocian el castillo de la Aljefaría, donde encontraron no pocos cañones, morteros, fusiles y carabinas, multitud de balas, bombas y granadas, abundancia de pólvora, de prendas de vestuario y de otras provisiones de guerra. Y cuando salió de la ciudad (26 de agosto), invirtió todavía cinco días en conferenciar y discutir con sus generales lo que deberian hacer. Opinaban unos que se persiguiera al derrotado ejército antes que tuviera lugar de rehacerse; otros que se ocupara á Pamplona y Fuenterrabía para cortar todo comercio de España con Francia. Cualquiera de las dos cosas pudieron hacer con facilidad, y respecto á Pamplona, hubieranla tomado sin disparar un tiro, porque el gobernador duque de San Juan, que era un medroso y cobarde siciliano, habia ya dicho en consejo de guerra que era menester dar la obediencia á los enemigos tan pronto como la pidiesen, á fin de evitar los estragos de un sitio. Pero el general inglés Stanhope fué de parecer que el archiduque pasara con todo su ejército á Madrid, por las grandes y ventajosas consecuencias que produciria la ocupacion de la capital, y este dictámen fué el que abrazó el archiduque, y con esto se puso en marcha en esta direccion todo el ejército (31 de agosto, 1710).

En este intermedio, á pesar de la honda sensacion que la derrota de Zaragoza, junto con la llegada del rey, habian causado en la corte, ni el monarca ni su pueblo cayeron de ánimo. El rey se aplicó inmediatamente con todo ardor á la formacion de un nuevo ejército. El conde de Aguilar, que, como dijimos, se habia retirado á sus estados de la Rioja por

(2) San Felipe, Comentarios, A. 1710.—Belando, Historia civil, t. I, capítulos 72 á 76.—Macanaz, Memorias, cap. 163.

En la relacion que los enemigos imprimieron en Zaragoza se hacia subir nuestra pérdida á cinco mil muertos y dos mil quinientos heridos, entre ellos seiscientos oficiales desde alférez hasta general; treinta piezas de artillería, tres morteros y ochenta y seis banderas, y se decia que se les habian pasado y tomado partido con ellos mas de ochocientos caballos, y que cada día les llegaban otros muchos. Añadian que aquel mismo día hacia tres años se habia instalado en Zaragoza la Real Chancillería, y sujetado los aragoneses á la legislación castellana con derogacion de sus fueros y libertades.

resentimiento con la reina, condújose en esta ocasion con mucha hidalguía. Tan pronto como supo el desastre de Zaragoza vino á Madrid á ofrecer á su soberano su persona y servicios. Felipe le agradeció mucho tan generoso porte, y le encomendó la organizacion, equipo y armamento del nuevo ejército, para lo cual tenia, como ya hemos dicho, especial habilidad y genio, y á que él se dedicó con celo y aplicacion esmerada. El pueblo de Madrid en todas sus clases dió una nueva prueba de amor á sus reyes en la manera como despues del infortunio de Zaragoza celebró el natalicio del príncipe Luis, y hubo magnates, como el inquisidor general don Antonio Yañez de la Riva Herrera, arzobispo de Zaragoza y electo de Toledo, y como el almirante duque de Veragua, á quienes el susto y la pena de aquella desgracia afectó tan profundamente que les costó la vida (1).

Noticioso Felipe de que el ejército victorioso de los aliados se dirigia á la capital, determinó abandonar segunda vez la corte, y trasladarse á Valladolid con toda la familia real y los consejos, bien que dictando diferentes disposiciones que la vez primera. Ordenó ahora, á fin de que no padeciesen despues los inocentes, que todos los que por alguna justa causa tuvieran que quedarse en la corte, no solo no serian tenidos por delinquentes ni considerados como desleales, sino que á su regreso (mediante Dios) serian mantenidos en sus empleos, sueldos y honores, con tal que no sirvieran al archiduque, fuera del caso de ser violentados á ello. El mismo día (7 de setiembre, 1710), tuvo una junta compuesta de eclesiásticos y seglares (2), á la cual consultó si en el caso en que se hallaba podria en conciencia echar mano de la plata de las iglesias, como lo prevenia la ley del reino, y lo habian practicado los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, así como de los depósitos de San Justo y otros, y de las rentas de los espolios y vacantes de los obispos. La junta respondió por unanimidad, que el rey podia valerse de todo ello, y aun de los vasos sagrados, pero que estando tan cerca el archiduque con poderoso ejército, los prelados é iglesias tan prevenidos con los breves del papa, y el rey tan próximo á abandonar la corte, la medida podria ser de mas daño que provecho, y dar ocasion á los enemigos á que ellos pusieran la mano en lo mas sagrado. Y así era de parecer que se limitase á los depósitos y rentas de los espolios y vacantes; con el cual se conformó S. M., y por real decreto mandó á don Francisco Ronquillo, gobernador del Consejo de Castilla, que diera desde luego las providencias necesarias para que se recogiesen los frutos del arzobispado de Toledo y de otros que se hallaban en igual caso.

Verdad es que despues de la salida de los reyes representó el Consejo que S. M. no podia poner la mano en tales frutos y rentas, y que así seria mejor dejarlo al cuidado de la iglesia de Toledo, que ella sabia dar las providencias que conviniere. Pero indignado el rey, contestó á aquella representacion: «Lo que he mandado al Consejo es que ejecute mi resolucion, no que dé dictámen; y cuando no tuviese mi conciencia bien asegurada, nunca pediria dictámen sobre ello al Consejo, por no ser de su inspeccion. Y extraño mucho que sabiendo vos el gobernador, y vuestro hermano don Antonio Ronquillo, y no ignorando los demás de ese Consejo el dictámen que para este valimiento he tenido, y las demás providencias que hasta aquí he dado sobre las materias eclesiásticas, con parecer de ministros de Estado y de Justicia, y de teólogos, ahora se me pretenda embarazar todo, en ocasion que por no haberse hecho en tiempo lo que he mandado se hallan ya los enemigos en paraje donde han ocupado la mayor parte de los frutos y rentas de esta vacante, y que muy en breve las ocuparan del todo, siendo este el fruto que se saca de no haberse obedecido, y el cuidado que el Consejo parece que pone para embarazarme á mí los medios, y franqueárselos á mis enemigos; de modo, que á no estar persuadido de vuestra fidelidad,

(1) Macanaz, Memorias, cap. 164.

(2) Componíanla el obispo de Lérida Fr. Francisco de Solís, el Padre Robinet, jesuita, confesor del rey, don Antonio Ronquillo, del Consejo y Cámara de Castilla, don Juan Antonio de Torres, del mismo Consejo, el cura de Santa María de la Almudena don Pedro Fernandez de Soria, y el maestro Fr. Francisco Blando, del orden de Santo Domingo.

creeria que esta no era inadvertencia ni ignorancia, si una malicia muy perjudicial á los intereses de la corona y de mis vasallos; y así lo tendreis entendido, para que por cuantos medios fueren posibles, se procure por ese Consejo remediar el daño que se ha seguido de la inobediencia.» Hubo, pues, que hacer lo que el rey mandaba, aunque luchando con algunas dificultades, si bien lo que entonces se sacó de aquellas rentas fué de corto socorro.

Salieron los reyes de Madrid la mañana del 9 de setiembre (1710), con el llanto en los ojos la reina, con pena y amargura en los corazones todo el pueblo, dejando el gobierno de la poblacion á cargo del ayuntamiento, y por corregidor interino á don Antonio Sanguinotto, con orden de que cuando los enemigos pidiesen la obediencia se la dieran sin dilacion, á fin de evitar el saqueo y demás estragos que pudiera traer la resistencia; y así se verificó cuando á nombre del archiduque la pidió lord Stanhope, saliendo cuatro regidores á recibirle en representacion de la villa (21 de setiembre, 1710). Al siguiente día de la entrada del general inglés se sacaron por mandato suyo de la iglesia de Nuestra Señora de Atocha todas las banderas y estandartes que en aquel templo se conservaban como gloriosos trofeos de los triunfos de las armas españolas, y despues de pasearlas por las calles de Madrid las llevaron á su ejército. El 26 llegó el grueso de las tropas aliadas á Canillejas, donde fueron á prestar homenaje á su rey algunos grandes y prelados adictos á su causa, entre ellos el arzobispo de Valencia y el auxiliar de Toledo. Hasta el 28 no hizo su entrada el archiduque en Madrid, quedando muy poco satisfecho del frio recibimiento que se le hizo, guardando el pueblo un silencio profundo y desdenoso, cerrando puertas y balcones, mostrando en la pobreza y escasez de las luminarias el disgusto y la violencia con que cumplian el bando, y aun oyéndose por la noche vivas á Felipe V. De modo que herido en su amor propio, se volvió á su quinta, donde tuvo besamanos el 1.º de octubre para celebrar el aniversario de su natalicio, que aquel día cumplia los veinticinco años de su edad.

Fué ciertamente cosa extraña, y que parece inexplicable, que habiendo el archiduque salido de Zaragoza el 26 de agosto, hallándose con un ejército victorioso y fuerte, derrotado y disperso el del rey, absortos los ánimos, y resuelto Felipe á abandonar la corte por no considerarse seguro en ella, cosa que el austriaco no podia ignorar, tardara mas de un mes en venir á Madrid; sobre cuya injustificable lentitud se escribieron papeles y se publicaron escritos satíricos, que ponian en ridículo la imperdonable calma de quien se mostraba tan audaz por conquistar el trono español; así como sobre las cualidades de las personas que nombró para los consejos y tribunales (3).

Hízose notable el gobierno del archiduque en Madrid, ó sea del titulado rey de España Carlos III, por algunas de sus me-

(3) Entre estas publicaciones podemos citar una *Carta* que se suponía escrita por el marqués de las Minas al general Staremberg, para demostrar la diferencia entre la actividad de aquel cuando ocupó la capital del reino en 1706, y la tardanza de este, gastando un mes en llegar á Madrid, cuando no habia nada que se lo estorbaba.—Una relacion ó consulta hecha á Su Beatitud sobre lo sucedido en la corte y sus contornos con las tropas de los aliados mandadas por el conde de Staremberg bajo las órdenes del archiduque don Carlos de Austria. En el párrafo 3.º de este escrito, que firmaba el licenciado don Luis Antonio Velazquez, se hacia una descripción del aspecto melancólico que presentaba el pueblo de Madrid á la entrada del archiduque, y se decia que los ministros puestos por él habian sido todos castigados por traiciones y otros delitos, y que los principales eran tres, uno á quien el almirante sacó la toga porque supo disponer una corrida de toros, otro que habia dejado el hábito de San Francisco, y otro á quien un clérigo habia dado una bofetada en palacio delante de toda la corte por ser un traidor; y que los alguaciles eran todos gente condenada á pena de muerte por sus crímenes.

Por este orden se publicaban multitud de escritos, con títulos muchos de ellos extravagantes y del gusto de aquel tiempo, como *Gaceta de Gacetas*, *Noticia de Noticias* y *Cuento de Cuentos*, etc.: los *Memoriales del Pobre de las Corachuevas al Doctor Bullon*; *Historia del Callesero* en verso; *Luces del Desengaño* y *destierro de tinieblas*, etc.—Tenemos á la vista un grueso volumen en que se recopilaron los escritos de este género de aquel año, los cuales dan á un mismo tiempo idea del espíritu público que dominaba y del gusto literario de la época.